

LAS ECONOMIAS SOCIALES DE LA POBREZA Y ACCIONES COLECTIVAS EN CLAVE DE LA TESIS DE LA MASA MARGINAL

Agustín Salvia

Un temprano aporte hecho por José Nun a los estudios sobre los procesos de cambio social en América Latina tuvo como eje una heterodoxa revisión de la teoría marxista sobre la superpoblación relativa en el contexto de un sistema capitalista periférico, dando lugar a la tesis de la “masa marginal” (Nun, Marín y Murmis, 1968; Nun, 1969). Este concepto pasó a formar parte de los intensos debates que tenían lugar sobre el desarrollo y el subdesarrollo en América Latina en los años sesenta del pasado siglo.

La premisa central de esta tesis era que la marginalidad no era en esencia un problema asociado a la falta de integración social de poblaciones afectadas por las transiciones a la modernidad, sino que era un factor económico-político constitutivo del modo en que tenían lugar los procesos de integración social bajo economías capitalistas periféricas. De esta manera, el énfasis se trasladaba de la dimensión socio-cultural a la económico-política, en el marco de la perspectiva estructuralista latinoamericana.

Este enfoque sobre la marginalidad económica tuvo como virtud haber introducido sospechas teóricas robustas a los alcances económicos, cambios sociales y derivaciones políticas que cabía esperar de los procesos de “modernización” en la región. En franca oposición a las perspectivas estructural-funcionalistas, desarrollistas o incluso marxistas de la época, la tesis de la masa marginal buscó hacer inteligible los fenómenos de desempleo, subempleo, pobreza y desigualdad como emergentes estructurales, intrínsecos al sistema social generado por el propio modelo de acumulación en la región. En palabras de José Nun:

“Llamaré ‘masa marginal’ a esa parte afuncional o disfuncional de la superpoblación relativa. Por lo tanto, este concepto –lo mismo que el de ejército industrial de reserva- se sitúa a nivel de las relaciones que se establecen entre la población sobrante y el sector productivo hegemónico. La categoría implica así una doble referencia, al sistema que, por un lado, genera este excedente y, por el otro, no precisa de él para seguir funcionando.” (Nun, 1969: 201).

Según esta tesis, en el marco del desarrollo capitalista en su fase monopólico, sin negar la renovada existencia de un ejército de desempleados funcionales al proceso de concentración económica (Lange, 1966; Sweezy, 1958; Cardoso, 1970), una parte de la fuerza de trabajo disponible podía transformarse en una superpoblación excedente prescindente al patrón dominante de acumulación. En este marco, dicha población podría asumir un papel ‘disfuncional’ al régimen de dominación. De esta manera, el término ‘masa marginal’, a diferencia de otras concepciones, designaba un tipo particular de relación entre una población considerada excedente y el sistema económico que la generaba, y no a los agentes mismos de tales relaciones.

Para este enfoque, el factor central de referencia que conlleva a este funcionamiento es el tipo dominante de organización productiva, o sea, la dinámica del capitalismo monopólico. Pero, que sea este el proceso de acumulación central no quiere decir que sea el único. Junto con él coexiste un contingente amplio de pequeñas y medianas empresas que operan de manera mucho más parecida al estadio competitivo del capitalismo. De esta manera, se superponen y combinan procesos de acumulación cualitativamente diferentes, los cuales introducen una diferenciación creciente del mercado de trabajo y respecto de los cuales varía la funcionalidad de los excedentes de población. En otras palabras, la existencia de procesos de acumulación

superpuestos que se combinan pluralizando los mecanismos de generación de dichos excedentes, alterando su funcionalidad según el sector del cual se trate. El significado teórico de este hecho remite a una totalidad sistémica que hace posible la existencia de capacidades de trabajo no necesarias para la acumulación capitalista avanzada.

En este sentido, dado un modelo capitalista estructuralmente heterogéneo, cabe esperar que emerjan formas alternativas de subsistencia, con más o menos conflicto con las formas dominantes de acumulación, pero nunca al margen de las condiciones estructurales que organizan al sistema como un todo. En tales condiciones, puede tener lugar la constitución de un excedente poblacional, que resulta irrelevante al modelo de acumulación central, y, en el peor de los casos, asuma un papel disfuncional a su desarrollo y estabilidad. El régimen político requiere establecer mecanismos de neutralización de los componentes no funcionales dando cabida a formas alternativas de reproducción económica. Al actuar de este modo el Estado propicia un aumento de autonomía relativa de los subsistemas menos productivos, manteniendo el atraso pero obteniendo a cambio evitar el riesgo a la desintegración (en términos de estabilidad del orden político y social).¹

Esta interpretación del papel que pueden asumir los excedentes relativos de fuerza de trabajo sirve al menos tres temas actuales de investigación: a) evidencia la relación estructural que existe entre los procesos de acumulación capitalista y los fenómenos de la pobreza y desigualdad social; b) destaca la heterogeneidad y fragmentación creciente de la estructura socio-ocupacional, con las consecuencias que ejerce en la conformación de identidades sociales; y c) señala los modos en que incide sobre la integración social la necesidad de ‘neutralizar’ a los excedentes de población para evitar que tales emergentes se vuelvan “disfuncionales” a la reproducción social.

Justamente, en relación a este último punto, bajo el escenario social contemporáneo gana valor una pregunta de denso sentido académico, pero también político: ¿cómo explicar que el incremento o, al menos, la obstinada persistencia de una masa de población pobre no se haya convertido en un factor disruptivo del orden económico, social y político? Lejos de simplificaciones, el presente ensayo procura ofrecer una línea de explicación alternativa fundada en la tesis de masa marginal, en donde el actual orden social no es independiente –al menos, en el caso argentino– de la relación entre, por una parte, los procesos de apertura comercial, liberalización económica e integración global, incluyendo la dinámica de destrucción de sectores intermedios y de concentración de grandes capitales, y, por otra parte, el aumento de actividades informales de muy baja productividad asociados a la subsistencia de los nuevos excedentes de población.

Siguiendo esta preocupación, resulta de particular relevancia preguntarse, por ejemplo: ¿qué papel cumple el conjunto heterogéneo de formas marginales de autogestión económica y modos de acción política que se han instalado en el escenario social y político de la Argentina del nuevo siglo? Es decir, ¿a qué totalidad social inteligible cabe vincular las acciones que encarnan las empresas recuperadas, las organizaciones sociales de desocupados, las asambleas vecinales, vendedores ambulantes, entre otras manifestaciones de poder y afirmación de reivindicaciones políticas, económicas y sociales?

Desde una parte del campo de la investigación social y de la acción política se define a estos emergentes bajo el nombre de “economía social”, asignándoles un papel prometedor en la

¹ Nun, 2001: 265-266) señala que las estrategias políticas más difundidas para lograr un papel afuncional en la masa marginal implican disminuir las capacidades de desarrollo e integración real del sistema para sostener la situación social.

construcción de una “nueva matriz política” o en la generación de “artefactos” de la lucha social, o, incluso, como una nueva “utopía del desarrollo”, capaz de resolver lo que la economía de mercado no sabe ni puede solucionar. Pero este ensayo propone una lectura alternativa. Estas expresiones sociales constituyen las formas más de un orden de funcionamiento mucho más esencial y subterráneo que bien podemos caracterizar como “economías sociales de la pobreza”, como una particular manifestación de la actual ‘masa marginal’ en fase de reproducción social.

UNA NUEVA MATRIZ SOCIAL DE MARGINALIDAD ECONÓMICA

Es en este marco donde resulta de interés examinar algunos de los rasgos que ha asumido la producción de excedentes de población en clave a la vieja tesis de la “masa marginal” (Nun, Marín y Murmis, 1968; Nun, 1969, 2001); la cual parece fortalecerse en el contexto de un sistema capitalista cada vez más globalizado, junto a economías nacionales cada vez más heterogéneas (Salvia, 2007, 2012).

Sin duda, la cohesión social –o, al menos, un control social naturalizado– en un contexto como el descrito, constituye un desafío político-institucional más complejo y difícil de concretar que hace cincuenta, cuarenta o, incluso, treinta años atrás. En principio, los tradicionales procesos de modernización industrial experimentaron profundos fracasos que, entre otros efectos, profundizaron el atraso, la pobreza relativa y la desigualdad distributiva, incumpléndose de este modo la prometida transición hacia la modernidad. Por otra parte, aquellos aspectos estructurales que ponían límites a la integración social –la dependencia al mercado mundial y la heterogeneidad estructural interna– se habrían profundizado bajo el modelo de economía “abierto” surgido a partir de los procesos de expansión financiera y de las reformas estructurales ampliamente difundidas en la región durante las últimas décadas del siglo XX.

En el pasado, bajo el modelo de desarrollo industrial, el crecimiento estaba acompañado de niveles relativamente bajos de desempleo, que favorecían la movilidad del sector informal de subsistencia hacia actividades cuasi-informales o modernas de productividad media. Muy pronto, esta movilidad social resultó seriamente clausurada, debido tanto al cierre de estas empresas ante la competencia de sectores concentrados –nacionales o internacionales–, así como a la presencia de una larga “cola de espera” generada por los cesanteados de las actividades reconvertidas o en crisis, quienes pasaron a competir en los mercados secundarios y terciarios por oportunidades laborales escasas y de menores ingresos².

De ahí que la marginalidad económica ya no adopte la forma piadosa de excedentes sociales eventualmente necesarios para el programa de modernización, sino que se constituya, más clara y abiertamente, en la expresión de sectores sobrantes, a los que –a través de políticas sociales eficientes, aunque costosas– es necesario recluir, controlar, auto-reproducir y coaptar con el objeto de evitar que emerja su potencial fuerza destructiva del orden político-económico. Para ello, incluso, cabe servirse de los propios recursos de subsistencia que en condiciones de pobreza ofrece la economía informal a través de las estrategias doméstico-

² La mayor estructuración de los mercados más concentrados y la alta concurrencia de oferta laboral de subsistencia en los mercados secundarios, crean escollos a la expansión del sector empresario cuasi-informal, inhibiendo el éxito de tales negocios, a la vez que obliga a los segmentos informales a desarrollar actividades de mayor precariedad y extralegalidad en el segmento terciario del mercado de trabajo.

comunitarias de subsistencia³. De tal modo que la nueva modernidad parece haber dado a luz –al menos en el caso argentino– una nueva matriz social de marginalidad económica y control social institucionalizado con amplia capacidad de auto reproducción y legitimación.

La existencia de una economía social de la pobreza hace posible que los excedentes de población participen de manera relativamente integrada de los procesos de reproducción social. Es decir, sin que infrinjan riesgos significativos al régimen político-institucional ni al pacto de intereses que sostiene el patrón de acumulación económica. Esto implica la introducción por parte del Estado de formas más eficientes de control social⁴ en función de descomprimir la conflictividad generada por la dinámica de acumulación, dados sus efectos regresivos sobre la desigualdad y la exclusión.

Siguiendo la línea argumental hasta aquí trazada, cabe esperar que bajo un modelo de acumulación capitalista periférico, sometido a un contexto de liberalización económica, la generación de excedentes de fuerza de trabajo sea una función de la capacidad limitada que tiene el sector moderno de generar o destruir empleos plenos, así como también de las más elásticas capacidades de creación y destrucción de empleos que ofrece el sector informal urbano–tradicional o de subsistencia. De esta manera, el proceso de apertura económica parece inducir problemas de diversidad en la integración de los mercados laborales: concentración económica, diferenciales de productividad intersectorial, aumento permanente de las actividades marginales de subsistencia y, eventualmente, regulaciones laborales, mayor emigración laboral y asistencia pública. No siendo estos comportamientos el resultado de una falta de crecimiento sino del propio proceso de concentración, lo cual hace altamente factible que elevados ritmos de crecimiento logren que la desigualdad estructural se profundice en vez de retraerse, incluso a pesar de que logre reducirse la tasa de pobreza.

En este marco, si bien los trabajadores calificados logran por lo general mejores oportunidades de inserción laboral, su utilización como fuerza de trabajo no llega a ser plena, al menos para la mayor parte de los sectores expulsados de actividades modernas concentradas o rezagadas o del sector público reconvertido. Una parte de los segmentos modernos sufre la caída en el sector informal de menor productividad, lo cual incrementa la competencia en el mercado secundario y terciario de subsistencia, agravando aún más la desprotegida situación económico-ocupacional de la población que depende de la economía informal.

En cuanto a la génesis económico-social de estos excedentes de fuerza de trabajo, es posible reconocer una serie de mecanismos de tipo “estructural”–intrínsecos a un contexto de heterogeneidad estructural- que hacen posible y necesario bajo un modelo de economía “abierta” la constitución de una “masa marginal”, sea como masa desocupada, subocupada, emigrante, economía de la pobreza, o, más frecuentemente, como expresión de una situación de intermitencia entre estas diferentes condiciones:

³ Se sigue aquí la tradición académica de significar bajo el concepto de estrategias domésticas-familiares el campo de las relaciones y estrategias de tipo económico que tienen como agente al hogar o a algunos de sus miembros en función de proveer recursos para la reproducción del grupo (Lomnitz, 1975; Torrado, 1978; Barsotti, 1981; Cortés y Cuéllar, 1990; y González de la Rocha, 1987, entre otros).

⁴ El concepto de control social aborda la compleja cuestión del orden social sobre el que está conformada una comunidad política. En este caso, bajo la noción de control social haremos referencia a los diversos procesos que intervienen en la naturalización de un tipo constituido de organización social. Estos procesos son conflictivos, complejos e inestables, implicando ordenamientos provisorios en constante redefinición (Pitch 1996; Pegoraro 1995).

a) La necesidad por parte de grandes y medianas empresas del sector moderno de aumentar la productividad (en función de incrementar su capacidad competitiva), a través de la incorporación de nuevas tecnologías y cambios en la organización del trabajo, genera la incorporación de fuerza de trabajo altamente especializada. De este proceso también participa como agente expulsor el Estado, mediante el cierre de empresas públicas deficitarias y de empleados de baja calificación o con calificación tradicional (como resultado de las políticas de reducción del gasto público).

b) La apertura comercial y la desregulación de los mercados en los sectores modernos –antes protegidos– tecnológicamente rezagados y con baja capacidad competitiva, afecta negativamente la sustentabilidad de numerosas actividades productivas tradicionales. En caso de superar la quiebra o cierre de la actividad, las empresas sobrevivientes no están en condiciones de reconvertir sus estructuras tecnológico-productivas, lo hacen generalmente a través de una reducción del nivel de actividad, a la vez que extienden el desempleo y la precariedad laboral. Los expulsados de estos segmentos, por lo general con niveles medios de calificación, aumentan su presión sobre los segmentos secundario y terciario del mercado de trabajo.

c) Las actividades empresarias cuasi-formales preexistentes enfrentan amplias limitaciones para su reabsorción en mejores condiciones, incluso, en un escenario de crecimiento de la demanda agregada de empleo.

d) Por último, la demanda agregada de consumo bajo un modelo de economía heterogénea no sólo depende de los procesos de inversión, acumulación y reproducción capitalista que afectan tanto al sector concentrado como a los sectores de capital intermedios. Se debe considerar además que –bajo un modelo de subdesarrollo dual y combinado– los excedentes generados por los procesos anteriores se desplazan de manera forzada hacia un mercado terciario de actividades de subsistencia de productividad nula –o, incluso, negativa–, lo cual se ve condicionado por el marco general que imponen tanto la dinámica de acumulación, así como también las condiciones de reproducción social en donde las unidades domésticas cumplen un papel activo y crucial. Esto a su vez no deja de tener impacto sobre los comportamientos macro socio-demográficos y socio-económicos⁵.

En este sentido, cabe suponer la existencia de una estrecha relación entre la dinámica de acumulación, los procesos de reproducción social, la formación de excedentes absolutos de población y la reproducción de una “economía de la pobreza” definida por su marginalidad económica. Esto no sólo se expresa en términos de desempleo sino sobre todo en la proliferación de variadas formas de subempleo vinculadas a actividades informales de subsistencia. Por lo mismo, en ausencia de políticas de desarrollo capaces de generar aumentos significativos de empleos productivos, sistemas de seguridad social universales y políticas públicas efectivamente redistributivas de los capitales físicos y simbólicos en juego, cabe esperar que la reproducción social de los excedentes de población dependa en buena medida de las estrategias defensivas llevadas a cabo por los hogares afectados por la marginalidad económica, el cual a su vez depende de la intensidad del “goteo” que tengan los

⁵ Se sigue aquí la tesis ampliamente aceptada de la existencia de una estrecha relación entre las estrategias de subsistencia de las unidades domésticas y los procesos de reproducción social a nivel de formaciones periféricas. Estas estrategias generalmente desplegadas por fuera de los procesos de acumulación e integración social más avanzados, constituyen un mecanismo fuertemente asociado a las capacidades de supervivencia de los sectores excluidos de los procesos de modernización. Para una confirmación de esta tesis en el caso argentino, puede consultarse los trabajos de Isla, Lacarrieu y Selby, 1999; Hinzte, 2004; Svampa, 2005; y Gutiérrez, 2004.

sectores dinámicos sobre los mercados locales y, en igual sentido, las políticas públicas destinadas a asistir económicamente a dichos sectores.

Ahora bien, este proceso encuentra diferenciales importantes según se trata de una fase expansiva o recesiva del ciclo económico. En condiciones de expansión económica, si bien la mayor demanda de empleos productivos reduce la desocupación de los sectores intermedios, al mismo tiempo este proceso garantiza la reproducción de la masa marginal afuncional alrededor de un sector informal en crecimiento. De esta manera, se hace mucho más factible tanto la subsistencia económica como el control social de los excedentes marginados, sin que sea necesario establecer conflictivas negociaciones políticas ni económicas con los sectores oligopólicos y concentrados de la estructura económico-ocupacional. La dinámica económica hace su trabajo, lo cual, si bien no garantiza mayor integración social ni equidad distributiva, sí al menos una aceptable paz interna.

En cambio, en los momentos de crisis la intervención directa del Estado resulta imprescindible. Por su intermedio resulta fundamental que los excedentes de población pueden ser “apaciguados” en función de garantizar la cohesión del orden social que requiere el pacto de gobernabilidad vigente. Cada nueva retracción económica deja como consecuencia una fuerte baja absoluta o renovación con mayor precariedad de los empleos de subsistencia. La masa marginal se moviliza entonces demandando a los sectores modernos condiciones básicas de subsistencia. Cada vez más, ello se hace siguiendo estrategias individuales, domésticas y comunitarias “extra legales” que tienden de manera potencialmente “disfuncional” a poner en riesgo la institucionalidad económica, el orden social e, incluso, el régimen de gobierno. En tales condiciones, las transferencias condicionadas de ingreso constituyen una pieza clave del control social.

ECONOMIA DE LA POBREZA Y EL ROL DE LA POLITICA SOCIAL ESTATAL.

La política social del Estado –en tanto encargado de regular los mercados y garantizar el control (cohesión) social–, así como las estrategias de aprovechamiento de recursos productivos propios y comunitarios que movilizan los hogares, asumen bajo el actual modelo económico un papel central en la gestión social de los excedentes de población. En lo fundamental, tal vinculación lleva a potenciar el impacto que pueden tener las estrategias domésticas sobre los procesos socio-demográficas, la organización del mercado de trabajo, en el patrón de distribución del ingreso y la evolución de la pobreza, e, incluso, los niveles de estabilidad social y control político interno que logra alcanzar el sistema (Salvia, 2009).

En este marco, cabe esperar que tengan especial proliferación una serie de tradicionales estrategias domésticas que hacen posible –de manera conservadora– la supervivencia de los marginados en condiciones de relativo control social: a) estrategias reproductivas orientadas a alterar la estructura, organización y/o composición del grupo doméstico con el fin de mejorar los balances reproductivos al interior del grupo; b) desarrollo de actividades informales– legales, extralegales o ilegales–, por lo general de muy baja productividad, con lógicas de funcionamiento diferentes a la informalidad tradicional; y c) estrategias de migración laboral nacionales y transnacionales desde mercados atrasados, con elevados excedentes de fuerza de trabajo y bajas remuneraciones laborales, hacia mercados con mayor desarrollo relativo y

mejores remuneraciones, en donde la producción de bienes y servicios enfrenta escasez relativa de fuerza de trabajo.⁶

Por su parte, la política social del Estado está obligada a sostener una serie de servicios públicos sociales (como son la educación, la salud, la seguridad social, etc.), que, aunque devaluados en su calidad (en comparación con los servicios que logran prestar los sectores privados), llegan a ser costosos a nivel fiscal. En paralelo, una multiplicidad de programas asistenciales de transferencia de ingresos sirven para desplegar nuevas formas de reclutamiento político-social funcionales al control de los sectores más afectados por la pobreza.

En este mismo sentido, surge como un hecho novedoso la constitución de “cuasi-mercados” formados por sectores reclamadores y por una oferta variada de programas de transferencia condicionada de ingresos dispuesta a asistirlos. En este marco, es claro que desde la perspectiva de los hogares marginados, el acceso a estos mercados es un componente clave de la subsistencia, sobre todo cuando el ciclo económico está en baja y, por lo tanto, el goteo de los mercados se reduce. Para ello los hogares tienden a ajustar su estructura, organización y capacidad de agencia en procura de acceder, sostener y/o ampliar estos beneficios⁷.

De esta forma, el modelo político-económico parece lograr un alto grado de cohesión social gracias a que el goteo de los mercados dinámicos y el gasto público social permiten subsidiar estrategias domésticas y comunitarias destinadas a reproducir la subsistencia de quienes sobreviven en la marginalidad económica. A partir de lo cual se hace evidente que, dado un modelo de acumulación y distribución fundado en un desarrollo concentrado, dual y combinado que promueve la producción de excedentes absolutos de población, es clave transformar en afuncionales los excedentes absolutos de población. Esto, incluso, aunque en determinados momentos se pongan en peligro equilibrios macroeconómicos, dado que en su defecto lo que estaría en riesgo sería la propia gobernabilidad del sistema político-institucional.

REFLEXIONES FINALES. FICCIONES EN MATERIA DE DESARROLLO Y POLÍTICAS SOCIALES.

El sendero seguido por el patrón de modernización argentino parece fortalecer la hipótesis de que bajo el actual modelo global de acumulación poco o nada puede hacerse sin una adecuada resolución de las condiciones de externas de aislamiento regional y de subordinación financiera, e internas en materia de heterogeneidad estructural y selectividad regresiva de las políticas de distribución del ingreso y de la riqueza acumulada.

No menos relevante resulta confirmar que ha ocurrido tanto bajo un modelo de políticas “neoliberales” como bajo un modelo “neodesarrollista”, con tipo de cambio alto o tipo de cambio devaluado, en condiciones de crisis económica como de expansión económica, etc. Aunque cueste reconocerlo, es evidente que ningunas de las opciones polares aplicadas en caso que nos ocupa fueron capaces de resolver la inclusión de la marginalidad estructural que

⁶ Este tipo de estrategias permite a los hogares con excedentes de población reducir gastos de consumo y proveerse de transferencias de ingresos, sin necesidad de un desplazamiento completo del grupo (lo cual podría implicar perder las redes locales de ayuda mutua, volviendo la reproducción más costosa) (ver Ariza y Portes, 2007).

⁷ Una amplia serie de estudios cualitativos examinan para el caso argentino este tipo de estrategias de subsistencia, mostrando el modo en que ellas se articulan con procesos reproductivos de orden político-institucional asociados al control social.

alimentan a los excedentes absolutos de población no “necesarios” al desarrollo capitalismo periférico. En definitiva, al menos el problema al que nos enfrentamos no parece devenir del campo “simbólico” sino “estructural” (el cual, en realidad no es menos simbólico): el desarrollo capitalista argentino continúa siendo dependiente de una división internacional del trabajo y de patrones internos de concentración y distribución del ingreso que hacen imposible que el conjunto de su población logre participar del desarrollo económico y de un sistema de integración social.

En efecto, los límites estructurales del último proceso de modernización correspondiente al caso argentino deben ubicarse a partir de la emergencia y profundización de una matriz económico-institucional más heterogénea, desigual y subordinada que la vigente tres o cuatro décadas atrás. Esta matriz ha sido capaz de fluctuar siguiendo los ciclos económicos, pero alrededor de una tendencia de claro retroceso en términos de pobreza y movilidad para las diferentes capas sociales de excluidos, generados tanto por la modernidad “inconclusa” como por el “exceso” de modernidad en el contexto de la globalización y la liberalización económica. En este marco, la marginalidad económica se ha constituido como parte de una “transición permanente”.

Las consecuencias directas de estos procesos de cambio estructural en el modelo de desarrollo se hacen visibles a través por dos hechos relevantes, y relativamente novedosos para la sociedad argentina: a) el desarrollo de una marginalidad económica asociada a un aumento de excedentes absolutos de una población excluida de todo progreso; y b) la proliferación de estrategias, planes, programas y acciones en materia de política social centralmente orientada a proveer de una transferencia monetaria de ingresos hacia los sectores más necesitados y conflictivos de esa masa marginal. En este marco, una variable interviniente no menos importante es que los momentos de crecimiento económico han estado acompañados de un aumento sistemático de la desigualdad, a la vez que la exclusión social ha seguido reproduciéndose acompañada incluso de un aumento de las capacidades de consumo de los hogares más pobres. Asimismo, durante los momentos de baja del ciclo, ambos tipos de fenómenos han tendido en general a agravarse, incluida la pobreza extrema, exigiéndose al Estado políticas cada vez más comprometidas en materia de transferencias monetarias, a la vez que insuficientes para resolver los problemas de exclusión estructural.

Por lo tanto, si nada cambia en campo del patrón de desarrollo y acumulación, lo más factible es que ocurra lo que no ha venido aconteciendo durante las últimas décadas: las demandas de empleo y ciudadanía plenas habrán de subordinarse a objetivos devaluados en materia de control (cohesión) social, los cuales procurarán mantener la paz interna a un mínimo costo económico y político, pero sin necesidad de garantizar una efectiva integración social de los sectores excluidos por este proceso. En este marco, las políticas públicas orientadas a distribuir el gasto social -en tanto instrumentos que procuran subsidiar la reproducción social bajo un mínimo de cohesión-, así como las estrategias de aprovechamiento de recursos productivos familiares, sociales y comunitarios que movilizan los hogares, cumplen un papel clave en la administración social de los excedentes de población, con efectos directos sobre una serie de variables socio-demográficas, el funcionamiento de los mercados de trabajo, y por ende, en el patrón de distribución del ingreso y de evolución de la pobreza.

Bajo este contexto, un hecho relativamente novedoso se describe a partir de que los excedentes de población encuentran en las políticas sociales un extenso mercado de subsistencia asociado a reglas de intercambio político-institucional. En este sentido, el Estado es cada vez más receptivo a las demandas subsistencia y autonomía de las economías de la

pobreza, siendo cada vez eficiente en cuanto a arbitrar en los conflictos que los propios actores plantean. De tal manera, lo nuevo de la actual matriz social y política no parecen ser los nuevos movimientos sociales, sino la creciente legitimación e institucionalización que logra —a través del accionar de los propios reclamadores— el derecho a un trabajo informal, precario y no registrado, de mantenerse en la pobreza y a ser pobre de otros derechos, a vivir en la marginalidad económica y política, a competir por beneficios o compensaciones especiales, a obtener tales beneficios en tanto se sigan las reglas de la negociación legal y el confinamiento inofensivo.

Todo lo cual logra ser particularmente funcional al meticuloso control político que requiere el programa de concentración económica para que la marginalidad económica no se convierta en “disfuncional” al pacto de dominación vigente. En este punto, no deja de sorprender como la historia parece volver sobre sus propios pasos enriquecida de observables, mostrando una marginalidad fragmentada donde los excedentes de población continúan reproduciéndose acompañando a la nueva modernidad que ofrece la globalización.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Ariza, Marina y Alejandro Portes (coords.) (2007). *El país transnacional. Migración mexicana y cambio social a través de la frontera*, México: Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

Barsotti, Carlos (1981). La organización social de la reproducción de los agentes sociales, las unidades familiares y sus estrategias. En *Demografía y Economía* (Vol. 15, N° 2: 46). México: El Colegio de México.

Cardoso, Fernando (1970). Comentario sobre los conceptos de sobrepoblación relativa y marginalidad. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales* N° 1 y 2. Santiago de Chile.

Cortés, Fernando y Cuéllar, Oscar (1990). *Crisis y reproducción social. Los comerciantes del sector informal*. México: FLACSO/Porrúa.

González de la Rocha, Mercedes (1987). *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos en Guadalajara*. México: El Colegio de La Jalisco.

Gutierrez, Alicia B. (2004). *Pobre como siempre: Estrategias de reproducción social en la pobreza*. Córdoba: Ferreyra.

Hintze, S. (2004). Capital social y estrategias de supervivencia. Reflexiones sobre el "capital social de los pobres". En C. Danani (Comp.), *Políticas sociales y economía social: debates fundamentales*. Buenos Aires: UNGS-Fundación OSDE-Altamira, Colección de Lecturas sobre Economía Social.

Isla, Alejandro; Lacarrieu, Mónica y Selby, Henry (1999). *Parando la Olla. Transformaciones familiares, representaciones y valores en tiempos de Menem*. Buenos Aires: FLACSO/Norma.

Lange, Oskar (1966). Marxian Economics and Modern Economics Theory. *The Review of Economics Studies* (Vol. II: 189-201).

Lomnitz, Larissa (1975). *Como sobreviven los marginados*. México: Siglo XXI.

Nun, J. (1969). Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal. *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 5, n° 2. México: UNAM.

Nun, J.; Marín, J.C. y Murmis, M. (1968). La marginalidad en América Latina: informe preliminar. *Documento de trabajo n° 35*. Buenos Aires: Instituto Torcuato Di Tella, CIS.

Nun, José (2001). *Marginalidad y Exclusión social*. Buenos Aires: FCE.

Pegoraro, Juan. S. (1995). Teoría social, Control Social y Seguridad. El nuevo escenario de los años 90. En Pavarini, Massimo y Pegoraro, Juan S. *El control social en el fin del siglo*. Buenos Aires: Secretaría de Posgrado. Facultad de Ciencias Sociales. Oficina de Publicaciones, CBC.

Pitch, Tamar (1996). ¿Qué es el Control Social?. En *Delito y Sociedad. Revista de Ciencias Sociales*, N°8. Buenos Aires/Santa Fe: Ediciones UNL

Salvia, Agustín (2007). Consideraciones sobre la transición a la modernidad, la exclusión social y la marginalidad económica. Un campo abierto a la investigación social y al debate político. En Salvia, Agustín y Chávez Molina, Eduardo (comps.) *Sombras de una marginalidad fragmentada. Aproximaciones a la metamorfosis de los sectores populares de la Argentina*. Buenos Aires: Miño y Dávila.

--(2012). *La trampa neoliberal. Un estudio sobre los cambios en la heterogeneidad estructural y la distribución del ingreso en la Argentina: 1990-2003*. Buenos Aires: EUDEBA.

Svampa, Maristella (2005). *La sociedad excluyente*. Buenos Aires: Taurus.

Sweezy, Paul M. (1958). *Teoría del Desarrollo Capitalista* (México: FCE)

Torrado, Susana (1978). Clases sociales, familia y comportamiento demográfico: orientaciones metodológicas. En *Demografía y Economía*, N° 36. México: El Colegio de México.